

# Guerra sucia y hechos alternativos

MIGUEL USABIAGA

Arquitecto-escritor. Director de *Herri*, revista de cultura e ideas del Partido Comunista de Euskadi

Nunca como en esta época, llamada de la información, hemos estado peor informados. Decir esto puede parecer una provocación, pero no es así. Somos avasallados, bombardeados, envueltos, cada segundo del día, por una abrumadora e incesante oleada de datos sobre la realidad que vivimos. Datos aparentemente diversos, plurales, y que, juntándolos, deberían proporcionarnos una imagen completa de los hechos. Pero, en realidad, no es eso lo que ocurre. Si averiguamos el lugar de procedencia de esa avalancha de datos, dónde se elaboran, resulta que nos encontramos con lo contrario de lo que aparentan: son homogéneos, unívocos, están fabricados en el mismo sitio y tienen una intención direccional. Son montados, o editados, como se dice extensamente ahora, en una central por una o muy pocas multinacionales, que son las que nos abastecen de todos esos datos en los que navegamos, con los que nos encontramos permanentemente en este mundo de pantallas. Es a lo que otrora los clásicos llamaron «alienación». El mismo fenómeno, aunque con el problema añadido de que actualmente somos menos conscientes de él: nos pasa por delante, pero enmascarado, y pensamos que eso no ocurre, que nadie hay detrás, que nadie nos manipula. Obnubilados por la fascinación del fetiche, que está tan cerca de aquello que dijera Marx sobre la mercancía, la mayoría no percibe este fenómeno oculto, porque piensan que lo tienen todo en su mano y que ellos construyen la información, porque son ellos, en última instancia, quienes, deslizando su dedo sobre una pantalla, eligen múltiples y distintos estados de actualidad, creyendo así que son soberanos. Fetiche, en efecto, porque no hay nada que nos gobierne de una manera tan subliminal y sea tan objeto de culto como las pantallas que llevamos a todas partes. Y este nuevo fetiche, bajo la apariencia de autodeterminación informativa, porque parece efectivamente que elegimos nosotros, hace que perdamos de vista al proveedor abstracto



e invisible de todo ese caleidoscopio de noticias que nos entrega a su antojo, según sus intereses, y que está escondido en alguna central lejana dentro de gigantescas naves llenas de redes de ordenadores.

La guerra de Ucrania está siendo un campo de pruebas para este nuevo paradigma informativo; un fenómeno que se venía gestando desde muy atrás, pero que el conflicto actual ha puesto en evidencia. Todo empezó, digámoslo así, con la invasión de Irak por los Estados Unidos. Fue en esa guerra de 2003 cuando Estados Unidos hizo formal y sin medias tintas su decisión de que ya no querían la presencia de periodistas en la primera línea del frente, contando lo que hacían sus tropas. No querían otro escarmiento como el de la guerra de Vietnam, cuya legitimidad perdieron frente a su propia opinión pública gracias a la labor independiente de muchos periodistas. En la guerra de Vietnam los ciudadanos norteamericanos recibieron una información bastante veraz y crítica sobre las brutales acciones de su ejército, sobre el uso del napalm, del agente naranja en los bosques del Vietcong, y sobre sus derrotas militares, en horas de máxima audiencia televisiva, lo que les costó perder la batalla informativa. Aprendieron la lección y decidieron que eso no volvería a ocurrir. Nuestro compatriota José Couso fue una víctima de esta nueva ideología de la información del ejército de los Estados Unidos al ser abatido, en abril de 2003, en el Hotel Palestina de la capital iraquí, ocupado por periodistas internacionales que cubrían la invasión a Irak, y que fue cañoneado por un tanque Abrams norteamericano. En su nueva doctrina militar, los Estados Unidos querían una nueva forma de relatar la guerra. Ya no iba a ser contada por los periodistas independientes que se movían junto a las tropas, que vivían con ellas y que enviaban sus crónicas y fotografías, en tiempo real, sobre las acciones. Eso se prohibía y se iba a impedir de la manera que fuese. A partir de ahora la guerra se iba a relatar a golpe de comunicado de los Estados mayores militares. Sin periodistas. O con periodistas que llegan detrás, mucho después de las acciones militares, al escenario de estas, si interesa que las vean, e incluso cuando el escenario está preparado para contar un relato escrito previamente. Se trata del mismo fenómeno que describíamos al principio sobre la alienación actual, igual que la realidad general, la no bélica, que se cuenta filtrada por las grandes agencias.

En esta llamada «era de la información» cada vez van quedando menos corresponsales independientes, tanto en la guerra como en la paz. Una de las formas de eliminar su presencia es la antedicha, la prohibición de acompañar a las tropas y relegarlos detrás en el tiempo. Otra es la de la eliminación física o asesinato, como le ocurrió a José Couso. Y otra, mucho más sutil, es la de hacer inviable su oficio, la de no contratar a reporteros en nómina de los medios periodísticos, lo que significa su desaparición por la pauperización profesional, que hace que solo algunos reporteros con madera de héroes se atrevan a jugarse la vida para contarnos la verdad, imbuidos por una suerte de misión



histórica. Los nuevos reporteros, uberizados, como se dice ahora en analogía con los repartidores autónomos que trabajan para grandes compañías de logística, tienen que ejercer como autónomos y cobrar, como ellos, un pago ínfimo por cada recado, por cada crónica que envían. Los pocos reporteros que, a pesar de las dificultades, por su nervio periodístico y su afán de verdad quieren acudir a las zonas de conflicto para contar lo que ocurre, deben hacerlo como *freelance*, pero a diferencia de los periodistas libres de antaño, que siempre existieron, ahora son tratados y pagados con verdadera humillación, cobrando cantidades ridículas por sus reportajes y en la mayoría de las ocasiones teniéndose que pagar ellos mismos los gastos de viaje y estancia. Da vergüenza escribir las cifras que les pagan mientras ponen su vida en grave riesgo en Ucrania, Palestina o cualquier otro escenario peligroso. Y podemos comprobar que en los periódicos y medios cada vez van quedando menos cronistas o reporteros de este tipo, porque con esas condiciones, sencillamente, no pueden vivir. Es otra manera de estrangular la información para que quede en pocas manos, en manos de unas cuantas agencias de noticias.

En el frente directamente punitivo sobre los informadores, al caso de Couse le siguió el atropello contra Julian Assange, que concentró la ira de la Administración estadounidense. Cuando se conocieron los documentos que Wikileaks filtró a la opinión pública y que evidenciaban los crímenes de guerra cometidos por los soldados norteamericanos en Irak, así como la falsedad de la documentación que había instalado la idea de la existencia de armas de destrucción masiva, la prensa progresista y de izquierdas, además de todos los ciudadanos de buena fe, saludaron el hecho como si hubiera sucedido una revolución democrática en el campo de la información. Por fin había una organización, Wikileaks, dirigida por Julian Assange, que filtraba los planes de los Gobiernos y sus servicios secretos para engañarnos. Aclaraba nuestras sospechas y nos hacía más libres. Fue tal el impacto en la opinión pública que nadie creyó que aquello se pudiera detener. Parecía que Wikileaks se iba a quedar con nosotros, que iba a consolidarse como un órgano vigilante de aquellas tropezadas de ejércitos, servicios secretos, de sus habituales guerras sucias, que aquí conocimos con el GAL y el escándalo de la corrupción de los gastos reservados. Y gracias a Wikileaks y a Julian Assange nos sentimos más seguros, más protegidos. Creíamos que seguiría como un faro, por mucho tiempo, mientras fuera necesario, de la misma manera que se había quedado Wikipedia, de quien imitaba su nombre. Pero este entusiasmo generalizado duró poco tiempo, justo el que emplearon los Estados Unidos para acusarle de alta traición y solicitar su extradición. Entonces toda la prensa y mucha gente aparentemente progresista miraron para otro lado, como si aquello no hubiera existido, y se desentendieron del destino de Assange. De todos aquellos que saludaron su iniciativa solo unos pocos resistieron solidarios con él, aquellos que entendieron que en su caso se estaba jugando un asunto clave sobre la libertad y el derecho a



la información, sobre el derecho a conocer la verdad por parte de la ciudadanía. Aquellos que quieren ser solo siervos, a quienes no importa el control de lo que hacen sus Gobiernos y son capaces de justificar su impunidad para que hagan lo que quieran, dieron la espalda a Assange, se desentendieron de él, no se atrevieron a desafiar a los Estados Unidos.

Y ahí sigue Julian Assange, solo, enfermo, en una prisión de alta seguridad británica, en Belmarsh, en unas condiciones de aislamiento que han merma- do su salud física y psíquica. Igual que antaño se enviaba a los presos peligrosos a penales de mala muerte en islotes incomunicados en medio del océano, donde se morían de pena y enfermedades. Igual. El Gobierno de Correa fue el único que tuvo valor para darle asilo en la embajada de Ecuador en Londres, donde se refugió para evitar ser enviado a los Estados Unidos. Vivió en un mí- nuscuro piso de la embajada ecuatoriana sin poder salir a la calle durante casi nueve años, desde agosto de 2010 a abril de 2019, cuando el nuevo Gobierno ecuatoriano de Moreno, más servil a los intereses yanquis, le retiró el asilo y lo entregó a las autoridades británicas. Suecia, que también pidió su extradición por un estrambótico asunto con pintas de ser inventado, Gran Bretaña, Ecuador, todos los países occidentales, todos los grandes medios de comuni- cación, escritos o audiovisuales, sean del signo que sean, en una especie de nueva «unión sagrada», han vuelto la cara a Assange, incapaces de enfrentarse a los poderosos Estados Unidos. Y no solo eso, sino que han sido cómplices de estos preparando ideológicamente a la opinión pública para su extradición, que se producirá cualquier día, cuando la maquinaria jurídica quizá haya roto del todo a Julian, al hombre, desamparado y desatendido en sus múltiples re- cursos jurídicos.

Assange es un ejemplo que se debe eliminar. Este ha sido el proceder clá- sico del imperialismo respecto a los países que seguían su propio camino de liberación, a revoluciones como las de Vietnam, Cuba o Chile, abortando el camino de Allende, por dar algunos ejemplos, y que ahora aplica el mismo mé- todo contra la información. Se aplasta a Assange con una crueldad inusitada, sin atender a que lo que cuenta en sus papeles de Wikileaks sea verdad, desnu- dando en ellos cómo el ejército y el poder estadounidense prepararon una gue- rra mentirosa en Irak, revelando los crímenes cometidos. Con Assange está en juego el derecho de la ciudadanía a saber qué hacen sus Gobiernos, a conocer si traspasan los límites de la democracia; está en juego la posibilidad de con- trolar a sus gobernantes, que se quiere evitar a toda costa. Es la otra cara de la manipulación. Y con Assange nos jugamos mucho. Desde su detención nadie ha osado a nada parecido; ha vuelto el orden, y los poderes secretos militares vuelven a tener «patente de corso» para actuar a su antojo, porque la opinión pública está a su merced, y se esconderán los hechos cometidos si resultaran demasiado aberrantes. A casi nadie le ha importado que fuera verdad todo lo dicho en los papeles de Wikileaks, la verdad no importa; prevalece acabar con



el ejemplo matando al mensajero, prevalece meter miedo a los periodistas por si volvieran a traspasar, incluso aquí, en el occidente libre, determinadas fronteras. El caso Assange siguió con la detención de su colaboradora e informante en Wikileaks, Chelsea Manning, que ha pasado más de siete años en prisión condenada por violar secretos, y con Edward Snowden, perseguido por similares razones.

Si comparamos la cobertura informativa de la guerra de Ucrania con otros conflictos contemporáneos comprobaremos la falta de información que tenemos y sus causas, y cómo estamos en manos del relato que quieren hacer los Gobiernos de las partes. Un fenómeno de manipulación que nunca fue tan descarado. En la Guerra Civil española tuvimos a Mijail Koltsov, a Robert Capa, a Gerda Taro, entre otros, periodistas de raza que iban con las tropas, que mandaban desde las trincheras sus crónicas con libertad plena. La pobre Gerda Taro murió arrollada por un tanque en la batalla del Jarama. En la I y II Guerra Mundial sucedió algo parecido, reporteros de la talla de Hemingway o Grossman trasladaban a los periódicos sus crónicas de lo realmente vivido, independientes de los dictados militares. Eso se acabó. En esta guerra del Este podemos ver cómo los periodistas llegan mucho más tarde a la escena, según la nueva doctrina militar que hemos descrito; llegan cuando un relato o el escenario ha sido convenientemente preparado. Y eso ocurre en ambas partes, que proceden con el mismo afán de manipular la verdad. Si los Estados Unidos inauguraron la prohibición de periodistas en primera línea durante la invasión de Irak, con el caso Couso que mencionábamos, a los que siguieron los casos Assange, Manning, Snowden, los ucranianos atesoran un sinfín de atrocidades cometidas en el martirizado Dombas, y sus vecinos polacos, fieles al dictado norteamericano, el encarcelamiento arbitrario y sin derechos de nuestro compatriota periodista Pablo González, que cubría el conflicto. Los rusos también tienen una antesa-liniestra, planeando las sospechas sobre el régimen de Putin en casos como los del envenenamiento del líder ucraniano Yushenko y en la extraña muerte del exespía Litvinenko, contaminado con plutonio radioactivo, en ambos poniendo en escena prácticas y métodos medievales usados también en los más oscuros períodos de impunidad de los servicios secretos, como para infundir más terror. O en el asesinato, acribillada a balazos, de la periodista Anna Politkovskaya, muy crítica con el régimen oligárquico de Moscú, y en el apresamiento del opositor Aleksei Navalni con unas acusaciones que no aguantan una mirada crítica. Una medida represiva a la que se suma ahora la detención, con el pretexto del conflicto de Ucrania, de cualquier opositor que ponga en cuestión al poder del Kremlin, de quienes se manifiestan en las calles contra la guerra o incluso de todos aquellos que se atrevan a llamar a la guerra por su nombre, desoyendo la consigna oficial de que se trata de lo que Putin ha llamado «operación militar especial». No se me ocurre un ejemplo más grotesco, pero tan grave, de falta a la verdad y a la libertad de información. La batalla por



el relato, que antes se ganaba con la justicia de una causa que era capaz, por esa razón, de conquistar la simpatía popular, el corazón de los intelectuales, de los artistas, como ocurrió con nuestra Guerra Civil y nuestra República, ahora se pretende ganar con la mentira.

Otro aspecto de la manipulación, y tan grave como el anterior, es el de la construcción deliberada de la falsedad, o de los «hechos alternativos», como la llaman con desfachatez, una expresión que se está utilizando para desacreditar los resultados de elecciones democráticas y para justificar el golpismo. Hemos visto su ensayo en Estados Unidos, por Trump, al no aceptar su derrota frente al demócrata Biden y orquestar en las redes sociales la idea de que había habido trampas y, sobre ellas, montar la movilización para subvertir la elección con el asalto al Congreso estadounidense. Y el caso similar y más reciente de Bolsonaro, en Brasil, usando la misma táctica, mentir diciendo que las elecciones habían sido fraudulentas, hacer circular esa mentira hasta la saciedad para montar un bulo con ello en las redes sociales y movilizar después a su gente frente a los cuarteles militares llamando a un golpe militar contra Lula. Debimos temerlo cuando los revisionistas, la ultraderecha, el trumpismo, acuñaron aquel concepto seudofilosófico al que llamaron «posverdad», un concepto que se ha rebautizado con el de «hechos alternativos», como si pudieran existir varias verdades. Se trata de mentiras edulcoradas para su consumo pasivo, para facilitar su digestión y luego su extensión en las redes, que tanto facilitan la propagación de bulos en esta época en que se vive tan rápido y se tiene tan poco tiempo para contrastar la veracidad de la información. Aprovechan esta característica de los tiempos, de alta conexión pero también aislamiento, más la suma de todo aquello que hemos dicho sobre la alta concentración de los medios en pocas manos o agencias. Estamos todos conectados pero aislados, como dice el filósofo Slavoj Žižek.

Han aparecido grupos para luchar contra este fenómeno de la mentira viral, de los bulos, ONG de voluntarios para filtrar todo el caudal de información que circula por las redes y establecer cuáles son falsas. Lo que ocurre es que llegan tarde, cuando las mentiras han circulado ampliamente y ya han hecho su efecto. Y este no es retroactivo, es decir, ya se instalaron en la mente de las gentes y ahí se quedan. Quizá ni llegan a saber que fueron engañados, porque el alcance de estas ONG, en verdad, es muy limitado. Parece que asistimos a otro acto de aquellos postulados sobre la información que se atribuyen al ministro de propaganda de Hitler, Goebbels, «las mentiras, cuanto más grandes, más se creen», o a su otra expresión, tan cínica, «que hablen de nosotros aunque sea bien». Esas viejas y rancias recetas nazis parecen las máximas de un manual de propaganda de los trumpistas o ultraderechistas de hoy en día.

Niegan los hechos, instalan el veneno de la mentira entre la gente y de esa manera consiguen tenerla dispuesta para acometer cualquier intento autoritario, pues lo mismo que no importa la verdad, no importa el resultado de



unas elecciones. Esto ya lo detectó Bertolt Brecht cuando dijo: «En las graves crisis, si el pueblo no cambia de Gobierno, el Gobierno cambia de pueblo». Es lo que se esconde detrás de esa desfachatez de los «hechos alternativos» y lo que se pretende con la conquista del relato, tapar cualquier rendija por la que pudiera escapar la información libre, veraz, contrastada. ★

